

eeaa
programa de teoría crítica
Vol.9 / N°1 / 2027
www.eeaa.cl

escrituras americanas

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA UMCE

Escritura y transmisión en la época de la revolución tecnológica

María Pia López

Esperar el error o lo que acontece

¿Qué sucede con nuestros oficios ante una transformación tecnológica que atraviesa toda la existencia, cambia las grandes regulaciones sociales y los modos del trabajo, pero fundamentalmente atraviesa los afectos y la sensibilidad, nuestras potencias imaginativas y la creación colectiva?

La vasta profusión de invenciones técnicas se presenta aliada al despliegue de un régimen de acumulación capitalista que concentra el poder económico y político en un pequeño grupo de personas. No de modo absoluto porque aún existen contrapesos, tanto en la persistencia de unas políticas democráticas como en la proliferante vitalidad de unos modos de producir el convivio, la colectiva asunción de unas narraciones, la insistencia en la siempre fallida, amenazada, construcción humana. Como escribió Georges Didi-Huberman, un filósofo que estará muy presente en esta lectura: para no actuar como vencidos, no hay que ver solo el todo. Se trata, también, de atender al "espacio —aunque sea intersticial, intermitente, nómada, improbablemente situado— de las aberturas, de las posibilidades, de los resplandores, de los *pese a todo*."

¿Se trata de oponer a la inmensidad de la transformación un gesto arcaizante, una retirada insomne, una fuga o prescindencia? No alcanzaría, pero no está entre mis deseos el de hacer una oda a las tecnologías y a los sueños que las revisten, ni entre mis capacidades el poder dar cuenta de sus posibles otros usos, menos determinados por la industria de la guerra y la desmesura del capital. Entonces, querría rastrear unas supervivencias, unas insistencias, que están presentes en nuestra contemporaneidad cultural, política, intelectual, con inédita persistencia, aunque no tengan un peso dominante o que a veces se presentan con explícito resurgir. Incluso, en esas supervivencias aparecen otros usos de la tecnología, no su supresión sino una apropiación o una capacidad de situarla en el orden de la instrumentalidad.

Vengo de una ciudad en la que un gobierno reaccionario convierte el drama social en objeto de goce fascista y en la que, aun con fuertes menoscabos económicos, la cartelera teatral y musical es enorme y muchas de las salas donde transcurren esos espectáculos están repletas. ¿Por qué ocurre?, ¿qué hace que muchas personas insistan en producir, realizar, o hacerse presentes en esos ámbitos?, ¿qué evita que se arrojen sin más a las tendencias hegemónicas? Asistimos a una obra o concierto en vivo por muchas razones, pero entre ellas está el temblor ante la fragilidad de lo que puede o no acontecer. Puede suceder la magia, la creación en ese instante, el error o la interrupción. Nada más inquietante que lo viviente en escena. No se es espectador, espectadora, sin tener, un poco, el corazón en la boca. Aunque no lo sepamos y creamos que marchamos hacia allí con el gusto dulce del entretenimiento.

El ensayista Ezequiel Martínez Estrada defendía la idea del lector con miedo, o la existencia de libros que no se podían leer sin esa sensación, porque eran capaces de dar cuenta del peligro, como ocurre con la obra, que tanto le interesaba, de Franz Kafka. Hay una experiencia del miedo, que no es la de la parálisis ni la de la impotencia ante la magnitud de lo inconmensurable, sino la que surge del temblor cercano, de una pérdida posible de considerar, evitar, conjurar o reparar, o el miedo que nos atraviesa porque algo de lo que ocurre puede no suceder, esa amenaza que pende sobre un encuentro erótico o amoroso o político. Hay algo vivo y fundamental en ese miedo, contra el que insisten en combatir dispositivos, aplicaciones, lógicas predictivas. Mientras la organización técnica del mundo se empeña en darnos el confort algorítmico y proponernos encuadres certeros para los vínculos afectivos, asistimos a obras culturales que nos mantienen en vilo, porque su belleza proviene de la fragilidad misma que las constituye.

¿Qué hacemos, entonces? Insistir en la espera de un tipo de error, de desvío, de ausencia o plus. Lo inesperado, lo que acontece en torno a lo viviente.

Vocinglerías

Vengo, también, de una universidad pública asediada por el desfinanciamiento y la pauperización salarial, en la que, durante este año, apareció en las aulas una voluntad conversacional díscola, jocosa, polémica. bell hooks cuenta que, como profesora, le importaba más que la escritura de evaluaciones, que les estudiantes hablaran porque en la voz está la clase social, el género, el territorio, la generación. Tomar la palabra no es fácil, pero cuando ocurre en el espacio colectivo, rasga la escucha con la advertencia de cada singularidad (pensemos la singularidad como lo opuesto a la individualización serializada) y algo, allí, sucede. La voz trae legados y memorias que resuenan en cada decir actual. Da cuenta del estado afectivo, la recorre la alegría o la quiebra la emoción. Como ha escrito Liliana Herrero: la voz piensa, porque en ella piensa un territorio.

Hay un modo de la voz en la conversación, que se vuelve íntima, polémica, balbuceante, entusiasta, incandescente. Distinto es el habla en una asamblea o una reunión política, donde se van macerando los argumentos para que, cuando toque el turno, se pueda argumentar con convicción y relativa síntesis. La voz pública se entrena. En una clase, la voz docente trajina, insiste, forma volutas, adquiere ritmo, tratando de rozar la escucha con una implícita solicitud de atención y entusiasmo.

El aula es heterogeneidad viva, coexistencia un poco obligada y un poco deseada, espacio reglado y, a la vez, solicitud de lo inesperado. El aula es lo que permanece y acontece, lo que se reitera en procedimientos y lenguajes y lo que aloja la posibilidad de lo novedoso. Es, en ese convivio singular, el sitio de un encuentro entre generaciones y temporalidades, porque en ellas se tramita una relación con las obras culturales anteriores. Y nada de lo que ocurra prescinde del equívoco y el malentendido. Así como no hay carta que no llegue a destino, no hay cita que no parezca olvidada, aunque en algún instante propicio se realice. La transmisión es ese tipo de cita: insistida, procurada, desplazada.

Hablo en mis clases de estas cuestiones, pero allí donde busco el diálogo con algunos libros que habitan mi cotidiano, una estudiante las piensa con la serie de manga

One piece. No sé de qué habla. Anoto en mi cuaderno: *wampis.* Comprendo más tarde el nombre correcto. Pienso: el malentendido nunca es unidireccional, funciona en ese trastabilleo de la lengua, que se va modificando de generación en generación. ¿Qué anotará ella cuando hablo? Anotar, mal y erróneamente, como hice, es advertirme que hay algo desconocido a considerar. De eso se trata la transmisión.

¿Qué hacemos, entonces? Insistir en construir un espacio capaz de alojar, en sus insistentes e ineludibles vacíos, la multiplicidad, la diversidad, lo dialógico. Las voces. Su bullicio, su algarabía, su agonía, su inocultable dolor, la humillación atravesada, el entusiasmo que insurge.

Escribir, reparar

Perseveramos en narrar como uno de los modos de conjurar la finitud, de hacer frente a eso que aterra y que es lo efímero de toda existencia. La personal, la de las obras, la materia de lo colectivo, el mundo mismo.

Nos acucia el temor de que todo se pierda, tanto los bienes comunes —territoriales e inmateriales, la riqueza de unas lenguas, unas artes, unas culturas— como la memoria del dolor atravesado. Por eso, se construyen lógicas y modos del archivo, formas de preservar, guardar, conservar. Como conjuro de la finitud, el cuidado no debería ser entendido solo en su dimensión interpersonal, sino en su atención sobre el mundo, lo existente y lo común.

La escritura es un modo del archivo, la transmisión, el conocimiento y autoconocimiento, y la reparación. Lo supo Víctor Klemperer cuando anotaba, en su reclusión, las modificaciones de la lengua alemana bajo el Tercer Reich. O hace varios siglos, el Inca Garcilaso de la Vega cuando se esforzó para dejar, con sus *Comentarios reales*, la memoria del mundo incaico y la denuncia de la conquista. Más acá y no menos trágicamente: la certeza dolida de Primo Levi que tensaba los recuerdos para dar testimonio, sabiendo que no sería nunca el testimonio de los últimos, los que habían perecido, reducidos a la nuda vida en los campos. O la filmografía de Patricio Guzmán, insistente en procurar la belleza mostrando la labor de unos pequeños instrumentos para hollar el desierto de Atacama en busca de restos.

Insiste la narración, incluso allí donde fracasa o donde tiembla ante una imposibilidad. Nombramos obras, porque en esas escrituras e imágenes persiste un legado, un reclamo, un deseo. Claudia Masin es una poeta argentina contemporánea que escribió un libro de ensayos: *Curar y ser curados. Poesía y reparación*. En él se pregunta si la poesía puede curar el daño padecido, la violencia atravesada en la infancia, el dolor que retorna una y otra vez. Y responde que puede hacerlo de modo efímero, pero eso, cuando ocurre, deja huella. Si el daño deja heridas; la escritura poética, ese devenir por fuera del yo, deja huellas. Como dejan los acontecimientos políticos, los actos amorosos, las situaciones en las que por un rato estamos salvadas y salvados de nuestro propio dolor, del daño sufrido y del producido a otres.

Huella le llamó Edouard Glissant, en el *Tratado del todo-mundo,* a la persistencia cultural y sensible de una genealogía, que no se presenta con la quietud de la identidad, sino como activa disposición a recrearse y transformarse. Glissant piensa que el jazz

es la huella africana en la música. Contra la herida colonial, la huella cultural. No es distinto en Masin, cuando piensa que cuando acontece algo del orden de la creación el daño se suspende, siempre provisoriamente. Para que algo superviva como huella, tiene que haber desplazamiento, diferencia frente a la repetición, no fijación en la condición de las víctimas.

Estamos considerando la temporalidad de las persistencias: en las ruinas, los restos, los vestigios, las huellas, como supo pensar Didi-Huberman en *Ante el tiempo,* en su ineludible resonancia benjaminiana. Es el pasado que persiste de modo siempre fragmentario, pero arrojando a cada presente ese estar a disposición para una nueva composición. Como pensaba Claude Lévi-Strauss, los restos son el objeto del bricoleur y del *pensamiento salvaje,* capaz de encontrar en los fragmentos no solo la memoria de una presunta totalidad anterior sino la imagen de una nueva totalidad posible. Los restos, ruinas, huellas, traen la memoria de lo acontecido (que no podemos reconocer sino en su fragmentariedad, que no existió sino en su fragmentariedad), al tiempo que prefiguran, se incorporan, en la apertura de un porvenir imaginado. La escritura puede pensarse en esa esquina: entre la constitución de unos segmentos del pasado como restos, ruinas o huellas y la composición con ellos de una nueva totalidad.

No hay memoria que no tenga, entre sus pliegues, la reflexión sobre el presente y que no sea una acción sobre el presente. Ni escritura que no toque algo de lo común, entre otras cosas porque la lengua es del orden de lo común y aunque quien escriba extreme su singularidad, eso es posible porque existe la lengua compartida.

Escribir como modo de buscar la huella, dejar huella, de la reparación posible, atisbada, presente en algún momento y luego escamoteada. Otra poeta y ensayista, Tamara Kamenzsain, llamó *libros chiquitos* a las escrituras de gesto menor, prescindentes del ademán totalizante, esquivas de la certeza para anidar en otro lugar: unas preguntas, unas sospechas, unas experiencias. Ella dice: contra la expresión convencida del vate, elegir el modo menor de la poetisa. Los feminismos han cultivado esta escritura parcial, situada, experiencial, antes que la exposición de un universal.

Quizás nuestras escrituras de hoy, ante la gran transformación tecnológica, económica y social, sean las que surjan de ese cuidado por lo singular, preciso y efímero, porque el archivo total —que nunca fue tal pero sí una ilusión orientadora— queda en manos de la potencia ilusionista de las tecnologías.

¿Qué hacemos, entonces? Escribir unos libros chiquitos, buscar la huella, el instante en el que lo poético o lo reflexivo acontece. Suelo pensar esa escritura como parte de los modos feministas de habitar y hacer mundo.

Imágenes de la felicidad

Alfredo Gómez Müller sostiene que la relevancia de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega (publicados en 1612) no proviene solo de su denuncia del hecho catastrófico de la conquista española, de su cruento poner el mundo patas para arriba (un estremecedor pachakuti), sino del modo en que rememora y plasma la organización social incaica, sus criterios de justicia, sus ideas sobre el bien común. Esa memoria alimenta la capacidad de resistencia y sublevación que recorre el mundo andino desde el

momento mismo de la instalación colonial. El libro fue prohibido cuando aconteció la mayor de esas rebeliones, la que lideró Tupac Amaru II. La sublevación se alimenta de la memoria de los ancestros esclavizados y de las imágenes de la felicidad que ellos supieron conseguir, del saber sobre esos modos de vida que habían sido cruelmente interrumpidos.

No alcanza con narrar la catástrofe. Hoy prima en la conversación pública la narrativa del fin del mundo. Esa advertencia sobre el inminente apocalipsis es insistentemente puesta a circular por las corporaciones de la distracción, las redes virtuales y los medios de comunicación. Se nos dice que cada quien debe luchar para salvarse y tener a mano el kit de supervivencia, pero que la experiencia humana en el mundo puede estar a punto de acabar. Es fácil, ya lo hemos leído, imaginar el fin del mundo. Por lo menos, más sencillo —se ha dicho— que imaginar el fin del capitalismo. Las grandes empresas que hoy controlan el pulso de la conversación afirman esa dimensión; las condiciones de vida de las masas, exigidas por la atención de la supervivencia, no dejan aire para otra imaginación. Sólo se trata de (sobre) vivir. Me temo que, si seguimos narrando el fin del mundo, no habitamos la lucha por lo posible: otras tramas, otras cooperaciones, algunas desobediencias, unas creaciones. La búsqueda común de otras huellas.

Lejos estoy de creer que el peligro no existe. Más bien se trata de narrar el peligro, pero hacerlo con la presencia, en algún pliegue, de la pregunta por lo que salva. Así pensaba el filósofo que quiso escapar de la amenaza nazi por la frontera de Port Bou y se suicidó allí. Cuentan que no se desprendía de un portafolio de cuero lleno de papeles a los que consideraba más dignos de salvación que su propia vida. Narrar el peligro y tratar de conjurarlo sin dejar de sostener bajo el brazo algo a conservar, unas palabras a legar, unos entusiasmos vividos a compartir, unos deseos a contagiar. No se trata, entonces, de desconocer el peligro sino de *organizar el pesimismo:* saber qué caminos no tienen salida, pensar los auxilios mutuos, reconocerse en la fragilidad compartida. Porque también el optimismo banal nos está dado y las mismas corporaciones de la distracción que agitan la narrativa del fin del mundo, prescriben un menú de papilla confortable, para ser consumida en las burbujas algorítmicas correspondientes.

Una película argentina llamada *La noche está marchándose ya* fue filmada en la ciudad de Córdoba, por parte de un grupo de entusiastas cultores del cine club que lleva el nombre de Hugo del Carril, que fue cineasta, actor, cantor, militante peronista. Es una película hecha con poco dinero, en blanco y negro, tejida con citas de otros filmes, y logró estar varios meses en una sala que programa por fuera del circuito comercial. Es una ficción política: narra la crisis económica, el drama vivido por muchas personas respecto del desempleo y la imposibilidad de pagar los alquileres, pero a la vez se narra la fundación de una comunidad entre sujetos que, de distinto modo, están en la intemperie. Se considera el peligro y en su pliegue, la salvación. O lo que se atisba o recuerda o imagina de ella. Es el filme más político que vi en este año, aunque no hable de eso que habitualmente se llama política. Es político porque se pregunta qué funda lo común cuando la vida está dañada. Y la respuesta que da es: el cine y la amistad.

¿Qué hacemos, entonces? Evitar la captura de la imaginación, su conversión en papilla scrolleable o en combustible del entretenimiento. Preguntarle al arte qué piensa y a las comunidades políticas qué inventan. No todo es fin del mundo y kit de supervivencia individual. Hay miles y miles de personas buscando leña seca para arrimar a un fogón ajeno.

Redes, fueguitos y luciérnagas

Quiero traer, para ir cerrando, tres imágenes. Que de algún modo nos permiten —me permiten— pensar a contraluz de ese todo cuyos signos dominantes no dejan de presentarse como peligros ominosos, porque se anclan en la desposesión económica, cultural y sensible de poblaciones enteras. Digo: en esta escena global donde Gaza es un laboratorio del desplazamiento poblacional y la guerra por medios tecnológicos, que por momentos parecen suprimir al sujeto ético de las decisiones en nombre de una subordinación al dictado de la inteligencia maquínica, como se puede comprender con el documental *Naza,* que trae unas escenas nocturnas en las que la conversación y la interrogación nos sitúan la banalidad del mal, multiplicada, expandida, sostenida en unas voces que, en general, carecen de arrepentimiento porque su participación en el genocidio está mediada por lo que se considera un sistema. Podríamos decir que cuando se habla de Palestina se habla de nosotres, porque ese es el territorio de vanguardia de una exploración técnica, informática, bélica, que permite, como se dice en el documental, matar sin odio.

Naza es un filme realizado por personas muy valientes, hoy perseguidas. ¿De dónde surge la valentía?, ¿en qué canteras del presente se alimenta el gesto osado de la denuncia?

Tres imágenes, les decía, quería traer para pensar esas posibilidades, grietas, gestos comunes, lo que irrumpe o disiente.

Una es la idea de red. João Guimarães Rosa, escritor brasileño, maestro de la narración, autor de la novela *Gran sertón: veredas*, publicada a mediados del siglo XX, escribió que una red es un puñado de hilos que rodean una multitud de agujeros. La red no es solo lo que hila sino los vacíos que deja. No es lo pleno o entero, sino lo que respira en lo abierto. Héctor Libertella, otro escritor, hizo el cálculo: "98,5 por ciento de huecos y agujeros entre nudos, y apenas 1,5 por ciento de materia concreta hilo". Dicho de otro modo: sin fragilidad, sin ese estar en común desde la fragilidad de cada quien, no hay lazo. Red es lo que atrapa, lo que conecta, lo que captura, lo que enlaza. Pero me interesa esta imagen de la red: es lo que anuda unas fragilidades, unas disposiciones a componer. Quizás lo que llamamos valentía, lo osado del gesto de desconocer un poder, surja de esa posibilidad de hacer con otres.

La otra imagen es la del fueguito —que de algún modo ya había aparecido en torno a la leña seca para el fuego ajeno. Horacio González, filósofo y ensayista, dejó un libro fundamental, editado de modo póstumo en 2022, bajo el título *Humanismo, impugnación y resistencia.* En esas páginas revisa el problema del humanismo: ¿es posible buscar en esa tradición las fuerzas críticas para confrontar la nueva revolución tecnológica con lo que ella trae de transhumanismo y posthumanismo? Y hacerlo, ¿no nos arroja en brazos de un pensamiento que tuvo no pocos compromisos con la lógica colonial, porque en su generalización abstracta respecto de lo humano dejaba oculta la condena sistemática de unas poblaciones a la inhumanidad? Eso son los temas de ese gran libro, que procura encontrarse con el humanismo crítico, materialista, advertido de sus propias contradicciones, para confrontar con los dominios del presente. Esa obra está escrita durante la pandemia de COVID y su autor falleció por los efectos de ese virus mientras la estaba terminando. Narra la epidemia como gran laboratorio de mutación sensible, económica y política y a la vez, advierte el peligro que se cierne sobre todas las vidas. Sin embargo, intenta retener en esa advertencia un hilo redentor. Escribe: "aun con la promesa de convertir la libertad en servidumbre, con todo lo

erráticas que por propia voluntad pueden ser las vidas con sus propios misterios, los fuegos de la resistencia no podrán ser apagados." Fuegos, fogones, iluminan la noche en esa película que mencioné: *La noche está marchándose ya.*

La tercera imagen: las luciérnagas. Georges Didi-Huberman, en *Supervivencia de las luciérnagas,* discute con Pier Paolo Pasolini, con sus escritos más desesperados y desesperanzados, en los que sostiene, entre otras constataciones del horror —como la persistencia del fascismo y la destrucción de la autonomía cultural del bajo pueblo—, que las luciérnagas han desaparecido. Didi-Huberman confronta ese escrito con otros contemporáneos, en los que poetas y escritores dan cuenta de la supervivencia de las luciérnagas. Escribe que, si miramos hacia la zona que está bañada por la luz de los reflectores del poder, no podremos ver las luciérnagas, ese vuelito pequeño, efímero, ese temblor de luz que rasga la oscuridad. Por eso, para saber si hay luciérnagas hay que desviar la mirada, escudriñar lo oscuro, detenerse un poco. Además de considerar críticamente las maquinarias del todo, considerar el *pese a todo.* A eso me refiero con suspender por un rato la narrativa del fin del mundo porque hoy esa narración está iluminada por todos los reflectores del poder.

Ninguna de estas imágenes puede presentarse escuálida, privada de dialéctica, manteniendo impensados sus vínculos y lazos con el poder. Más bien, nombran lo que existe incluso en esas contaminaciones, como momentos de irrupción, como instantes díscolos, como errores de la Matrix. Cuando pensamos en nuestros oficios, en las aulas, no podemos desconocer lo que en ellas se cristaliza de cuantificación académica, de rutinas de conocimiento, de concesiones a un mercado que regula incluso los modos en los que hablamos, de tecnologías que prometen un auxilio instrumental mientras proceden al vaciamiento de la vida intelectual. Actuamos en ese horizonte, vivimos en ese todo. Pero imagino que muches lo hacemos mientras procuramos otra cosa, ínfimamente distinta, esa diferencia que difiere, esa erótica que funda.

En muchos tramos, la vida intelectual adquiere su fuerza en la disposición crítica, en la develación de las opresiones atravesadas. Christian Ferrer fue un ensayista argentino que falleció hace dos días, todavía joven, dejando una obra fundamental y la memoria extendida de sus clases. Uno de sus libros, consideraba la obra de Ezequiel Martínez Estrada bajo el título *La amargura metódica.* De algún modo, la fuerza crítica de Christian lo llevaba hacia ese método, porque era un pensador solitario, esquivo a la seducción de los entusiasmos de cada época. Sin embargo, el primer recuerdo que conservo de él proviene de una acción que hizo con Horacio González, a inicios de la década de 1990, a la que llamaron Universidad de los aires, en la universidad que se llama de Buenos Aires. Pero ellos imaginaron una universidad libre, que duró un día, y entregaba un diploma-título de "especialista en saberes inútiles". Gesto bataillano, derrochón, gozoso y burlón: estar en la institución para recordarnos que merece, siempre, el alarde socarrón. Y podríamos decir: usar la técnica no para disolver en ella al sujeto ético ni desconsiderar el dilema político de nuestras acciones, sino como arena lúdica o interrogación permanente.

¿Qué hacemos, entonces? En cada una de nuestras existencias, en nuestras travesías vitales, estoy segura, somos nudos o vacíos en una red, somos quienes alimentamos unos fueguitos, titilamos en la oscuridad o somos capaces de observarla para ver lo que ella aloja sin terminar de revelar. Quise aquí hacer el inventario precario de algunos de esos gestos, con el deseo de que abran un pensar común alrededor de los modos en que

hacemos mundo a pesar de todo, no para regodearnos ante un paraíso imaginario o una existencia despojada de amenazas, sino para saber que aun en el infierno "hay zonas de no infierno". Tanto es así que una sobreviviente de uno de los mayores campos de concentración que hubo en Argentina durante el terrorismo de Estado, Pilar Calveiro, dedica su libro *Poder y desaparición* a una compañera de cautiverio, con estas palabras: a Lila Pastoriza, "amiga querida, experta en el arte de encontrar resquicios y de disparar sobre el poder con dos armas de altísima capacidad de fuego: la risa y la burla."

Hagamos el inventario de nuestras armas, tácticas, insumisiones, renuencias. De nuestras risas, fiestas y goces.

Nuestros oficios, la escritura, la transmisión, la docencia, la investigación, no pueden pensarse sin esos gestos menores y astutos, insistentes y felices. Claves para insistir, existir, resistir; pensar y vivir juntes; y apostar a unas vidas dignas de ser vividas —como decía un cartel del estallido chileno de 2019—, porque de eso se trata, una y otra vez. De encontrar, fundar, defender, imaginar, unas vidas dignas de ser vividas, para nosotres, para todes, para cualquiera.